

ALGUNAS CONSIDERACIONES EN TORNO A LA INFLUENCIA GRIEGA EN LA CONFORMACIÓN DEL SIGNARIO IBÉRICO ORIENTAL

Francisco Castillo Pina

Licenciado en Filología Clásica

RESUMEN: *En este artículo intentamos demostrar que el alfabeto griego ejerció una influencia decisiva, e incluso con la adopción directa de algunos de sus signos, en la creación del signario ibérico oriental, aunque éste tuviera como origen otra escritura paleohispánica. Sin embargo, ésta difícilmente pudo ser el semisilabario meridional. Tal creación tendría lugar en la zona nororiental de la península ibérica, y la efectuaría un ibero conecedor de las otras escrituras.*

Además, el modo en el que se realizó tal creación y las características en los cambios de valor de algunos signos denotan también unas características particulares de la lengua ibera que pueden abrir nuevos caminos en su investigación y desciframiento.

Palabras clave: *Escrituras paleohispánicas, signario ibérico, alfabeto griego, lengua ibera.*

ABSTRACT: *In this paper we try to demonstrate that the Greek alphabet exercised a decisive influence, and even with the direct adoption of some of its signs, in the creation of the Eastern Iberian Signary, although this had another Palaeo-Hispanic scripture as a main source. Nevertheless, this could hardly be the Southern Semi-syllabary. Such creation would occur in the North-eastern zone of the Iberian peninsula, and it would be done by an Iberian who knew other scriptures.*

Moreover, the way that such creation was made and the characteristics in the value changes of some signs, also denote some particular characteristics of the Iberian language, that can open new ways in its investigation and interpretation.

Keywords: *Palaeo-Hispanic scripture, Iberian signary, Greek alphabet, Iberian language.*

1. CONSIDERACIONES PREVIAS: ORÍGENES, EVOLUCIÓN

A pesar de lo mucho escrito sobre los orígenes y evolución de los signarios paleohispánicos¹, quisiéramos hacer una aportación que, sin querer trascender el ámbito de la hipótesis, intentará establecer unas premisas que, esperemos que razonadas, procuren clarificar de una forma al menos plausible y bastante probable el origen del semisi-

1. En este sentido debemos destacar, sobre todo, diferentes obras de J. Untermann, J.A. Correa, J. de Hoz y J. Rodríguez Ramos, tal como mencionamos en la bibliografía pertinente. Muchas de las conclusiones de éstos han sido tenidas muy presentes en este trabajo.

labario ibérico oriental² (también denominado nororiental y levantino) y su relación con el resto de signarios paleohispánicos, pero, sobre todo, su grado de dependencia con respecto al alfabeto griego jónico.

Sobre el origen general o común de los tres signarios paleohispánicos, prácticamente hay un consenso unánime en buscarlo en el alefeto fenicio. Cuestiones diferentes son saber cuál fue la primera adaptación, las características de ésta y las relaciones con (o evoluciones hasta) el resto de signarios. Pues conviene no olvidar que entre los tres (o cuatro si incluimos el signario inscrito en la estela de Espanca) semisilabarios paleohispánicos principales³ hay muchas coincidencias y similitudes, pero también profundas diferencias, algunas de las cuales trascendentales para su estudio.

A pesar de que los semisilabarios suroccidental y meridional no están totalmente descifrados, las diferencias entre ambos resultan llamativas. Sin lugar a dudas, la más destacable es el uso de la llamada redundancia vocálica en el sistema suroccidental. Otra diferencia haría referencia no sólo a la disparidad cronológica que, al parecer, se da entre ambos signarios. Y finalmente, desde un punto de vista epigráfico nos encontramos con signos, no muchos, ciertamente, exclusivos de cada uno de los signarios y otros que, aun siendo comunes, parecen tener diferente valor fónico; y, desde un punto de vista lingüístico, parece que, pese a nuestros escasos conocimientos sobre las lenguas paleohispánicas, no parecen reflejar la misma.

No obstante, aunque estos temas sin duda tienen una gran importancia en sí mismos, no afectan de forma directa a la cuestión que tratamos, por lo que, para no extendernos demasiado, remitimos a la bibliografía indicada sobre ellos.

Pero sí creemos importante pensar que a partir del alefeto fenicio se creara, en la zona de la baja Andalucía, un tipo de escritura no exactamente coincidente con los signarios tartesio (o suroccidental) y meridional (o suroriental). Este tipo de escritura (al que a falta de un nombre sin connotaciones ni confusiones, podemos llamar X)⁴ no habría dejado aparentemente evidencias escritas claras o reconocibles (aunque no es imposible que para algunas inscripciones fuera más adecuado mantener que pertenecen a este sistema que al que habitualmente se les atribuye), lo que no es imposible en el caso de que se usaran soportes de escritura perecederos⁵.

De esta escritura derivarían, con diferencias cronológicas y geográficas, el semisilabario suroccidental y el meridional. Ésta última posiblemente sería obra de los pobladores de la zona de Cástulo, en la llamada Oretania, muy probablemente ibero-parlantes. Y desde aquí se extendería por todo el sureste peninsular hasta la Con-

2. Permítasenos la generalización de esta denominación genérica, que nos parece más adecuada tanto por oposición a las denominaciones del resto de signarios paleohispánicos, como por reservar otras denominaciones particulares para sub-tipos, valga la expresión, más concretos de este signario.

3. Con respecto al signario celtibérico, no cabe duda de que es derivado directo del ibérico oriental, por lo que incluimos aquél dentro de éste. Las diferencias entre ambos son apenas de detalle, aunque también algunos de estos detalles son destacables, como veremos posteriormente.

4. De Hoz (2000-2001) llama a esta primera escritura paleohispánica tartesia, pero Correa (2005a) sigue denominando tartesia a la aquí denominamos suroccidental.

5. Un hecho similar puede ser constatado para el alefeto fenicio y los hábitos de escritura de este pueblo, como postula J.Á. Zamora (2004 y 2005), con evidentes connotaciones para los signarios paleohispánicos.

testania, donde ya en el siglo IV entraría en “competencia” o relación con el denominado alfabeto greco-ibérico.

Pero, para el tema que nos ocupa, mucho más destacable resulta el hecho de que durante este período y en esta zona (a pesar de, insistimos, no disponer de dataciones cronológicas lo suficientemente precisas como desearíamos) no encontramos ningún testimonio de epígrafes escritos en el semisilabario oriental, y, cuando éste aparece, el meridional se encuentra en clara regresión e incluso desaparición, ciñéndose prácticamente su uso, durante un mayor espacio de tiempo, a la zona nuclear en la que se originó, es decir, la zona de la ciudad de Cástulo.

Con ello nos encaminamos ya a uno de los temas principales para asentar nuestro estudio: el del origen geográfico y cronológico (éste al menos en términos aproximados) del semisilabario oriental.

A partir de los últimos estudios realizados sobre el tema⁶, creemos que la hipótesis más acertada o más verosímil es la de considerar que el semisilabario ibérico oriental se originó (en su variante primigenia, que ahora sí podríamos denominar nororiental) en la zona nororiental de Cataluña (más probablemente) o en la del Languedoc francés, es decir, en las zonas en las que sí existían establecimientos comerciales griegos y por lo tanto éstos tuvieron una relación más estrecha y continuada con la población indígena con la que estaban en contacto, población que, al menos en parte, era ibérica o ibérico-parlante.

Efectivamente, las diferencias entre los silabarios meridional y oriental son ostensibles, como veremos después más pormenorizadamente, e incluso, bajo nuestro punto de vista, excesivas para que se pudiera aceptar sin solucionar problemas insolubles una derivación del signario oriental a partir del meridional.

Sin duda, sería más lógico suponer que una derivación directa del signario Oriental con respecto al Meridional se habría efectuado en una zona en la que los creadores del primero estuvieran en contacto o al menos estrechamente vinculados con los “usuarios” del segundo⁷. Pero, tanto por razones de cronología epigráfica como por otras que iremos tratando a lo largo de nuestra exposición, no creemos que tal contacto o vinculación se dieran de una forma tan determinante⁸.

Además resulta evidente que, a lo largo de la costa suratlántica y mediterránea de la península ibérica, debieron existir intensas relaciones y contactos comerciales no sólo ya por parte de fenicios y griegos, sino también con el protagonismo de los pueblos indígenas asentados junto a las costas (o sus élites, fueran del carácter que fue-

6. Nos basamos en concreto en los artículos de J. Ferrer (2005) y J. Rodríguez Ramos (2001b), donde también hacen mención a otras obras, algunas de las cuales mencionamos más abajo, que pueden corroborar sus opiniones.

7. Es ésta una de las razones en las que se basa J. de Hoz (cf. de Hoz, 1993a), pp. 660-662, en su opinión de que el signario Oriental, que para él sí es una adaptación del Meridional, tuvo su origen en el suroeste de la Península, en concreto en Contestania. Por otra parte, este autor sí admite cierto influjo griego (y de sus hábitos escriturarios) en el signario Oriental (cf. de Hoz, 2005), pp. 64-65. Este influjo pudo tener lugar, desde luego, en la costa contestana, donde son evidentes otros influjos, lo que plantearía una objeción a nuestras hipótesis. Sin embargo creemos que el conjunto de razones esgrimidas a continuación dan más visos de verosimilitud a que tal influjo se produjo en la zona geográfica que defendemos.

8. No obstante, Rodríguez Ramos (2001b y 2004, pp. 83-92), a pesar de su opinión expuesta sobre el origen geográfico del signario Oriental, sí cree que éste deriva directamente del Meridional.

ran). Obviamente, las relaciones de estos pueblos ibéricos serían más intensas con los griegos en la costa norte. Este comercio y relaciones están atestiguados, además de por testimonios arqueológicos, por lo que nos informa la propia epigrafía, en este caso griega, tras los hallazgos de dos plomos con carácter comercial en esta lengua en Emporion y Pech-Maho⁹.

Finalmente, todo parece indicar que las más antiguas inscripciones en semisilabario oriental se producen precisamente en esta zona de Cataluña y el Languedoc¹⁰, con una variante epigráfica que paulatinamente (en su desarrollo cronológico y expansión geográfica) fue desapareciendo, nos referimos al sistema dual en la notación de las consonantes oclusivas¹¹.

Según esto, creemos más adecuado pensar que allí donde se dan las inscripciones con datación más antigua y que utilizan un sistema (creemos que originario) que en otros lugares (y con dataciones más recientes) no se da, es donde habría que ubicar el origen de la escritura que contienen¹².

Por todo ello, diferencias de valor y gráficas en numerosos signos, junto con el predominio de una dirección escrituraria diferente, diverso ámbito de relaciones comerciales y culturales, y aparición de los epígrafes más antiguos en una zona en la que no hay constancia de uso de otro sistema de escritura paleohispánico, creemos no sólo (también yendo más allá, si se nos permite la expresión) que el semisilabario oriental, en contra de la opinión mayoritariamente aceptada, no derivó (al menos directamente) del semisilabario meridional, sino también que en su creación o reelaboración influyeron, si no básicamente sí en una medida destacable, los hábitos y signos de escritura de los griegos asentados en la zona nororiental de la península, con los que los iberos "impulsores" de este signario estaban en contacto.

2. ANÁLISIS DE LOS SIGNOS ORIENTALES Y COMPARACIÓN CON LOS DE LOS OTROS DOS SIGNARIOS

Aunque en cuanto al desciframiento de numerosos signos de los semisilabarios suroccidental y meridional persisten abundantes problemas, y también en algunos del oriental, con estas salvedades creemos que en la medida de lo posible se puede efectuar un análisis comparativo entre estos sistemas, ciñéndonos a los signos de interpretación más o menos segura o altamente probable.

9. Puede verse al respecto: Rodríguez Somolinos (1998) y de Hoz (1999).

10. Con referencia a estos datos puede verse Panosa (1999, p. 31), la cual también expresa abiertamente sus dudas sobre una difusión de la escritura ibérica desde el sur hacia el norte, donde, añade, se reproducirían en el repertorio epigráfico ibérico los usos de la escritura griega de ámbito comercial y privado.

11. Para el tratamiento básico de estos temas resulta imprescindible la comunicación de J. Ferer, en Actas IX (2005). Sobre la notación de las diferencias de sonoridad en el signario ibérico también conviene consultar las obras de Quintanilla (1993b y 1998), que también admite la mayor antigüedad de las inscripciones con sistema dual; y con respecto al celtibérico vid. C. Jordán (2004 y 2005).

12. Obviamente, con esto quedaría revalorizada la principal objeción que se plantea a la hipótesis de de Hoz, y que el propio autor reconoce (de Hoz, 1993b), sobre el origen suroriental de la escritura levantina (e.e. Oriental), revalorización que cobraría fuerza si resultaran correctos, como intentaremos mostrar, el análisis de los signos orientales que ofrecemos a continuación y las conclusiones expuestas en los apartados 4 y 5.

– Si nos atenemos al número mínimo de signos a los que se les ha atribuido un valor, éste es de 28 (incluyendo los signos del semisilabario oriental Ψ y Υ).

Pues bien, los signos comunes con asignación de valor común, en principio, en los tres signarios (haciendo abstracción de leves variantes epigráficas) es de 11 con similitud segura, a saber (empleamos la grafía, con diferentes variantes, utilizada para el signario oriental):

A	Ϸ	R	Ϸ ¹³	TA	X
I	Ϸ	L	^	TU	Δ
		N	Ϸ	KA	Λ
		Ś	M	KE	<
				KO	Σ

Obviamente, once entre veitiocho representa bastante menos de la mitad¹⁴, y lo consideramos muy poco para que tres signarios con un mismo origen no hayan experimentado profundas transformaciones en las que, junto con innegables factores de desarrollo y evolución internos, no serían ajenos elementos externos.

Sin embargo, dada la variedad fónica que representan estos signos, poco puede decirse al respecto.

No obstante, querríamos añadir, como comentario adicional, dos salvedades relativas a dos signos:

No hemos incluido en esta relación el signo “ti” del signario oriental, a pesar de que tenemos constancia de su aparición en el signario meridional (en concreto en el plomo de Mogente, MLH III G.7.2). J. de Hoz (1993a) le atribuye el valor de variante de “ti”, lo que él llama de ti², mientras que J. Rodríguez Ramos (2004, pp. 77-82) parece optar entre el valor de “e” o el de “ki”. Además, este signo también aparece en el signario de Espanca (Espanca, número 22). Como su lectura dista de ser unánime, creemos que es conveniente no incluirlo en este apartado. Por ello, postponemos su comentario para más tarde, pues presenta características de cierta trascendencia, bajo nuestro punto de vista.

Otro signo que podría resultar ambiguo es el que en signario oriental y meridional transcribimos como “bu”. Es éste un signo común en los tres signarios (aunque de aparición bastante escasa), pero generalmente en el signario suroccidental se le ha atribuido el valor de “bo”, con la excepción de J. de Hoz¹⁵, que sí le atribuye el de “bu”. Por ello, incluiremos este signo en el apartado siguiente.

13. En realidad, según Correa (1994a y b) este signo representaría a la otra vibrante (f) en el signario meridional, opinión que nosotros compartimos, aunque lo incluimos aquí por razones metodológicas. Sin embargo, véase el posterior comentario particular sobre la otra vibrante en el apartado 3.

14. Preferimos no incluir referencias porcentuales concretas porque, además de no considerarlas absolutamente imprescindibles, podrían variar según consideráramos el número mínimo de signos con atribución de valor anteriormente mencionado.

15. Cf. de Hoz (1993a).

– Los signos a los que se les ha atribuido un mismo valor en el signario Meridional y en el Oriental, pero no en el Suroccidental, serían solamente dos:

“bu” □

“ki” √

Con todo, el signo para “bu” en meridional es muy dudoso (además sólo aparece en dos textos: G.7.2,B y H.3.1), pues la atribución de su valor se debe a su semejanza con el del signario oriental. Por su parte, “ki” en Suroccidental estaría representado por el signo \mathfrak{P} , al que en Meridional se le han atribuido los valores de “ki²” (de Hoz), “ki” y “te”, y en Oriental “f”.

Finalmente, no hay ningún signo cuyo valor sea coincidente en el signario Suroccidental y en el Oriental pero no en el Meridional.

Con ello, obtenemos que las coincidencias entre signo y valor entre el signario Meridional y el Oriental alcanza el número de trece, exactamente la mitad del número de signos utilizados habitualmente (si excluimos aquellos con valores “m” y “m̄” del signario oriental). Así, consideramos que es un número verdaderamente escaso para atribuir una descendencia directa del signario Oriental con respecto al Meridional.

Tras esto, observamos también que de entre los trece valores restantes comunes a los tres signarios ocho de ellos presentan signos comunes en los signarios Suroccidental y Meridional, pero no en el Oriental. Nos referimos a aquellos a los que se les ha atribuido los valores de “e”, “o”, “u”, “f”¹⁶, “s”, “bi”, “te” y “ti”:

En Meridional:	○	⊗	∩	⋈	⊗	↑	⊗	⊙
En Oriental:	√	H	↑	◇	↵	↑	◇	Ψ

Algunos de éstos presentan formas que, como veremos, aparecen en el signario Oriental, pero con un valor diferente (e incluso hay otros signos de atribución dudosa, pero que en algunos casos podrían tener un valor coincidente con los del signario Oriental). Dejamos por ello su comentario particular para el apartado correspondiente, en el que analizamos dichos signos con el valor atribuido en Oriental.

Con respecto a los otros cinco valores con signos no coincidentes, “ba”, “be”, “bo”, “to” y “ku” (I, ⋈, □, ⊗ y ◇), a algunos de ellos no se les ha asignado (siempre en principio, insistimos) ningún valor, como es el caso de “to” y “ku”, en Meridional¹⁷, y otros están representados en cada uno de los signarios por signos completamente diferentes o signos semejantes con diferente valor (lo que no deja de tener importancia con respecto a nuestros análisis posteriores), con las salvedades de dos de ellos que en su momento mencionaremos.

16. De nuevo según Correa (1994b) el signo \mathfrak{X} indicado más abajo representaría, en realidad, “r” en el signario Meridional.

17. No obstante, véase una opinión diferente en Rodríguez Ramos (2004), pp. 69-82.

3. COMENTARIOS PARTICULARES SOBRE LOS SIGNOS ORIENTALES CON VALOR NO COINCIDENTE EN LOS OTROS DOS SIGNARIOS

Ya hemos visto que son trece (quince en realidad si incluimos en esta lista Ψ y Υ) los signos del semisilabario oriental que o no aparecen en los otros dos semisilabarios o cuyo valor no es coincidente, aunque veremos más abajo que con respecto a algún signo esto es matizable, en concreto dos (“ba” y “bo”) que tendrán que ser desplazados de este grupo. Sin embargo, para ser más precisos habría que mencionar que algunos de estos signos no sólo sí aparecen en estos dos signarios (e incluso en el de Espanca), sino que incluso se les han atribuido, en ocasiones, valores coincidentes con los que tienen en el signario oriental. No obstante, estas atribuciones todavía son hipotéticas, y hasta que no puedan concretarse más o sean consideradas con un grado bastante aceptable de certeza, seguiremos las opiniones comunes sobre ellos, sin menoscabo de que al tratar algunos de estos signos en particular, hagamos referencia a ellas.

El elenco de signos orientales que no aparecen o cuyo valor es diferente en los otros dos semisilabarios es, en principio, el siguiente:


E	υ	í	\diamond	BA	I
O	H	S	ξ	BE	α
U	\uparrow			BI	Γ
				BO	\ast
		M	Ψ	TE	\diamond
		m̄	V	TI	Υ
				TO	ω
				KU	\diamond


Como ya fue mencionado al observar la lista de signos coincidentes, poco se puede decir, de éstos, con la excepción del abundante número de silabogramas con consonante labial, aunque éste, como ya indicamos también, se verá reducido.



Por ello, creemos conveniente realizar en principio un análisis particular de cada uno de estos signos, y si es posible establecer algunas hipótesis particulares también, para, a partir de estos datos, ofrecer unas hipótesis generales y, en la medida de nuestras posibilidades, unas conclusiones globales sobre la conformación de este semisilabario oriental.

SIGNO “e” (υ)


Sin duda, este signo procede, en último término, de la “he” fenicia. La letra fenicia suele presentar tres trazos cortos, al igual que la “épsilon” griega, derivada de aquella, e incluso también la grafía ibérica (a veces con más trazos) en algunas varian-

tes, posiblemente más antiguas (tipo “e4”: ). Una grafía semejante aparece en el signario meridional con el valor muy probable de “be”.

Es posible que la existencia de este signo en el signario meridional influyera en su adopción por parte del oriental, pero nuestra hipótesis mantiene que tal signo fue tomado por los creadores del signario oriental directamente de la épsilon griega, desechando el signo que para el fonema /e/ utilizaba el signario meridional ()¹⁸.

Tal adopción conllevaría dos consecuencias: 1^a. Con respecto al signario meridional sobraría ahora un signo, el que marcaba su fonema /e/. 2^a. Este nuevo signo adoptado coincidiría formalmente, en gran medida, con el utilizado en el meridional para marcar “be”, por lo que muy posiblemente éste tendría que ser reemplazado por otro (habitualmente , pero también por, el quizás más antiguo u originario, ). Remitimos, por tanto, a sus respectivos comentarios.

SIGNO “o” (H)

El mayor parecido de este signo, con sus variantes de más de un trazo horizontal, lo representa el que en meridional marca “te”, aunque no creemos que de éste derive aquél. Es desde luego muy posible la sugerencia de Rodríguez Ramos de una evolución a partir de la inclinación de “o” meridional (), que también aparece en suroccidental y en Espanca, y cuyo origen bien puede estar en la ‘alef fenicia o simplemente ser inventado. Con todo, queremos ofrecer una explicación alternativa, pues no creemos descartable que en esta posible adopción influyera el signo jonio “eta”, H¹⁹. Incluso sería posible (hipótesis que planteamos con muchas reservas) una adopción directa. En ésta influiría no el timbre que representa (el hecho de tomar un signo con una valor de vocal anterior y darle uno posterior), sino el simple hecho de marcar un fonema vocálico. Obviamente puede objetarse que para este fonema hubiera sido más lógico adoptar la “ómicron” griega, pero ésta es muy parecida al signo con valor “r” oriental (en algunas de sus variantes), y también guarda cierto parecido con el de “ku”, por lo que quizás la adopción de “ómicron” hubiera provocado confusiones gráficas²⁰, y de ahí que fuera desechada.

Es una hipótesis desde luego no verificable, pero puede tener cierto grado de validez enmarcada en la visión de conjunto de nuestra hipótesis global²¹.

Esta adopción también podría ser un cierto indicio del valor abierto de las vocales medias ibéricas (al igual que sucede precisamente con la adopción de “eta” y no “épsilon” en el alfabeto greco-ibérico)²², pero para ello disponemos de pocos datos,

18. J. Rodríguez Ramos (2004), pp. 83-89, mantiene que este signo evolucionó al de la “e” oriental (al igual que el de “be” meridional evolucionó al de “be” oriental, como veremos). Aunque su hipótesis es imaginativa y, desde luego, también posible, pensamos que la nuestra es más sencilla y económica, y más acorde con nuestra propuesta global sobre el origen del semisilabario oriental.

19. Resulta ilustrativo el comentario hecho por J. de Hoz con respecto a este signo (de Hoz, 2005, p. 61).

20. Cf. nota anterior.

21. Este mismo signo, H, sufrió, como es bien sabido, un cambio de valor en el propio alfabeto griego (jónico). La diferencia con respecto al ibérico es que en griego se adaptó para un valor que carecía de signo propio, y en ibérico se adoptaría para un valor cuya representación por otros signos resultaría problemática o provocaría cierta confusión.

22. Aunque en greco-ibérico la /e/ se marcaría con un signo que indica vocal abierta, y la /o/ con uno que indica vocal cerrada.

pues aunque se han detectado alternancias vocálicas en algunas “palabras”, éstas son excesivamente variadas como para extraer conclusiones²³.

Según lo expuesto, creemos que si la “eta” griega dio lugar al signo oriental “H”²⁴, esto se debió a razones puramente gráficas (sobre lo que insistiremos, junto con otros razonamientos, al tratar en el apartado 4 las evoluciones y readaptaciones de algunos signos), que primarían (en un intento de crear un sistema coherente y distinguible desde el punto de vista de un lector o intérprete) sobre las fonéticas (que en nuestro caso se reducirían al simple hecho de tratarse de un signo con valor vocálico de abertura media).

SIGNO “u” (↑)

Coincidimos con de Hoz y Rodríguez Ramos en que este signo procede del que marca “bi” en el signario meridional (y que también aparece en Espanca, con el número 23), posiblemente por su carácter bilabial. Pero, de forma semejante a lo comentado para el signo de “e”, este hecho implicaría que quedaría como una casilla vacía la del valor para “bi” oriental; por ello remitimos al comentario del signo con este valor para tratar cuál fue el adoptado.

Tampoco creemos descartable una posible influencia de la “ypsilon” griega (con su valor de fonema anterior y labializado, precisamente), al que se asemejaría con una inversión de los trazos superiores.

SIGNO “m̄” (Υ)

De un modo relacionado con el comentario sobre el signo anterior, la “u” del meridional (coincidente con el número 14 del signario de Espanca) mantendría su carácter labial y posiblemente daría origen al signo \bar{m} oriental, cuyo carácter concreto ignoramos, pero que, a juzgar por algunas de sus equivalencias en signos latinos, tendría cierto carácter labial (hecho al que no serían ajenas las formas de la “ypsilon” y la “wau” griegas). Con ello solucionaríamos el hecho de un signo “sobrante” meridional, al ser transcrito el valor “u” con otro signo, y la plasmación gráfica de un fonema (al parecer) inexistente (o no indicado) en el ibérico meridional (quizás por razones de variedad dialectal).

SIGNO “m” (Υ)

Éste corresponde, sin duda, a un desdoblamiento del signo \mathcal{M} . Otra cuestión sería por qué fue creado. Con matizaciones, en absoluto despreciables, este signo parece indicar una consonante nasal labial, fonema del que no tenemos constancia en el semisilabario meridional, aunque quizás sí en el suroccidental, con el signo \wedge . Sin

23. Para ello puede verse: Quintanilla (1993a y 1998), con un resumen general de estos aspectos en la última obra mencionada, pp. 173-188.

24. Queremos hacer notar, además, que en algunas variantes del alfabeto jonio tenemos una forma de “eta” con más de un trazo horizontal (“eta cerrada”: \boxplus), signo que también aparece de modo muy semejante en el signario ibérico oriental (y que correspondería a la llamada “o5”).

duda los creadores del semisilabario oriental se verían ante la necesidad de marcar gráficamente este fonema (o quizás simplemente alófono), olvidado, o no estrictamente necesario, en el sistema meridional (y también, al parecer, en el alfabeto greco-ibérico), influenciados, con mucha probabilidad, por la existencia de un signo con un valor semejante en el alfabeto griego jonio, la M. La forma de este signo, muy similar al que representa una de las silbantes ibéricas, condicionaría su no adopción directa, optándose por el mencionado desdoblamiento gráfico de la consonante nasal habitual. Tal creación vendría corroborada por el hecho de que este signo Ψ tiene, al parecer, una frecuencia de aparición más abundante en textos más antiguos.

SIGNO “s” (𐤑)

Los tres signarios paleohispánicos que estamos tratando tienen en común el representar gráficamente dos tipos de silbantes, cuyas características fonemáticas concretas todavía no están completamente claras²⁵. Sin embargo, en los signos con los que se representan ambas silbantes hay diferencias de detalle. Los tres signarios presentan un signo común para una de ellas (signo que también aparece en el signario de Espanca), que es el comúnmente transcrito como *s*, y que en estos signarios aparece como M. Éste procedería de la letra “sadhe” fenicia, correspondiente en algunas variantes de este alfabeto a la “san” griega.

Sin embargo, la otra silbante, la habitualmente transcrita como “s”, aparece en los semisilabarios suroccidental y meridional (está ausente en Espanca) bajo la forma \aleph , que procedería de la letra fenicia “samekh”, la cual estaría representada por la “xi” griega (en los alfabetos griegos del tipo llamado “azul oscuro”, entre los que se encontraría el samio, ξ). Pero en el semisilabario oriental tal valor está representado por otro signo, en concreto \aleph . Es posible, tal como postula Rodríguez Ramos²⁶, que este signo represente una estilización del utilizado en el signario meridional. No obstante, consideramos bastante más probable que el signo oriental proceda (como se puede comprobar más factiblemente a través de las variantes diatópicas y diacrónicas que éste presenta) del signo griego “sigma”, Σ (que a su vez, en última instancia, procede de otro fenicio para otra silbante, la “šin”). Es éste un hecho con el que coincide una de las silbantes en el alfabeto greco-ibérico, mientras que la otra procedería de la “sampi” \aleph ²⁷, lo que representaría un indicio añadido sobre la influencia del sistema griego en más de un sistema paleohispánico.

Las razones de tal cambio se nos escapan, a no ser que consideremos que la realidad fonética de la “s” ibérica estuviera más cercana a la de la “sigma” griega.

Sea como fuere, el caso es que tal signo sin duda se debió a la influencia directa del alfabeto griego (o del entorno cultural en el que se desarrollaba) en el semisilabario ibérico oriental, pues éste está completamente ausente en los otros dos signarios, lo que ya no sólo es un indicio sobre el origen de tal semisilabario sino también que fue creado por gentes que aun conociendo, obviamente, el sistema meridional,

25. Sobre éstas cf. Correa (2001).

26. Rodríguez Ramos (2004), p. 85.

27. Sobre los detalles de esta adaptación, cf. De Hoz (1987).

no se veían obligados a seguir todas sus características y concreciones gráficas demasiado estrictamente.

Por ello, consideramos que la adopción de tal signo representa uno de los pilares básicos, apoyado por el resto de indicios, en los que asentar nuestras hipótesis y conclusiones finales.

SIGNO “f” (◊)

Con respecto a este signo debemos indicar previamente que parece clara la existencia de dos consonantes vibrantes en los tres semisilabarios paleohispánicos²⁸, una transcrita como “r” y otra transcrita como “f”²⁹. Sin embargo no existe una completa unanimidad en cuanto a los detalles de la transcripción de los signos que las representan, pues para el signo ϑ ó Ϝ (con variantes de detalle), común en los tres signarios, J. Untermann³⁰ mantiene siempre la misma transcripción <r>, mientras que para el otro, en los signarios suroccidental y meridional ϝ y Ϟ, mantiene la transcripción <f>. Pero, por su parte, J. Correa³¹ sostiene que en el caso del signario meridional la transcripción debe ser la inversa, es decir ϝ como <r> y ϑ como <f>, postura que particularmente nos parece la más adecuada.

Según este supuesto, el signo ϑ habría experimentado una curiosa fluctuación en su valor en una pretendida evolución lineal de los tres signarios: Suroccidental <r> → Meridional <f> → Oriental <r>. Pero consideramos más probable, y ello nos reafirma en nuestra hipótesis del signario “X”, que tanto el semisilabario suroccidental como el meridional supuestamente adoptaron los signos de las vibrantes de este signario de forma diferente³², quizás por no darse una coincidencia completa de los fonemas vibrantes entre la lengua del signario “donante” y la de los signarios “adaptantes”.

Además, el propio cambio de valor de este signo entre el semisilabario meridional y el oriental podría reforzar la idea de la no derivación directa del segundo con respecto al primero³³.

El caso es que el signo ϝ meridional en nada se parece al que representa la segunda de las vibrantes en el oriental, pues en este aparece representada como ◊ ó ϕ, con diferentes variantes poco dismórficas.

Éste último signo oriental parece que está derivado del de la otra vibrante por doblamiento gráfico, aunque los textos en los que aparecen las dos vibrantes no termina de corroborar esta idea³⁴. Con ello, podríamos suponer que las realidades

28. Y también en el alfabeto greco-ibérico.

29. Sobre las posibles diferencias fónicas de estos valores, cf. X. Ballester (2001), pp. 294-297, y (2005), pp. 362-374.

30. Untermann (1990 y 1997).

31. Correa (1994b y 2004).

32. Quizás en este hecho tenga algo que ver el que en el signario de Espanca no aparezcan signos vibrantes, al menos claramente reconocidos.

33. Incluso podría admitirse aquí que este signo derivara en el semisilabario oriental, con cambio de dirección para evitar su semejanza formal con la “a” (P), directamente del alfabeto jonio, que, por cierto, en textos samios arcaicos también aparece con el trazo vertical muy corto. No obstante, dado el gran parecido formal con uno de los signos para vibrantes en meridional, preferimos dejar esta nueva hipótesis en suspenso.

34. Según lo dicho, en principio esperaríamos que donde aparece Ϝ apareciera, a su vez, ◊, y donde aparecen formas del tipo ϑ, también aparecieran otras del tipo ϕ, pero esto no siempre sucede. Podría

fonéticas de las dos vibrantes estarían bastante cercanas, al optarse por una simple variación gráfica (como sucede con las nasales) en la representación de ambas.

SIGNO “ba” (l)

Con respecto al origen de este signo consideramos muy probable que sea el mismo signo “ba” del signario meridional, pues, al parecer, las variantes más arcaicas de este signo oriental todavía presenta la curvatura propia del meridional (y tras este razonamiento, debemos excluir, por tanto, este signo de este grupo, si mantenemos la matización expuesta). Con ello encontraríamos su origen último en la “beth” fenicia. Una cuestión diferente es la que plantea que este signo meridional ha dado origen a otros orientales, pero este asunto lo trataremos con más detalle al analizar el signo “bi”.

SIGNO “be” (⊗)

El signo que hemos indicado suele ser el más habitual, pero, siguiendo la hipótesis de Rodríguez Ramos³⁵, parece que la variante más arcaica sería la representada por “be8” o similares (⊗). Aunque en principio no presenta paralelos claros, no compartimos completamente la opinión de este mismo autor en situar el origen de este signo en el propio “be” meridional, pues nos parece un tanto forzada, aunque quizás sí ejerciera, como veremos, alguna influencia.

Ya hemos visto que, en nuestra opinión, el signo “e” oriental tuvo su origen en la “épsilon” griega, quizás también por influencia de la propia “be” meridional. Al ser tan semejante este nuevo signo al de “be” meridional este valor tuvo que ser reemplazado por otro. Pues bien, es posible que para marcar este silabograma se volviera a utilizar el signo que había quedado sobrante, el de “e” meridional (O). No obstante, este signo, así tal cual, tendría una semejanza excesiva con otros, especialmente con “f”, aunque también con “ku”. Por ello, siguiendo nuestra hipótesis, este signo recibiría algún apéndice diacrítico (consistente en los tres trazos sobre el círculo originario), el cual podría estar inspirado bien en la antigua forma meridional “be” (con lo que en este aspecto el “be” oriental sí que derivaría en parte del meridional), bien del nuevo que marcaba la “e” oriental (o incluso de la propia “épsilon” griega). Sería después cuando esta variante arcaica de “be” evolucionaría paulatinamente, por inversión y simplificación, a la variante que hemos denominado habitual (“be1”).

Así, si estas hipótesis son correctas, tanto sobre la existencia de un signario “X”, como sobre la no derivación directa del signario oriental a partir del meridional sino de este “X”, quizás este apéndice diacrítico de tres trazos lo recibiera no el signo “O” meridional, sino el propio que en este signario X indicara el silabograma “be” (que ya aparece en el signario suroccidental con el propio valor de “be”, y en el de

entenderse, en este sentido, como otra nueva hipótesis, que el hecho del desdoblamiento gráfico de estos signos ocurriera en una época relativamente bastante anterior a la de los textos que tenemos, y que en ellos ya estuvieran difundidas de forma aleatoria las diferentes variantes de las vibrantes sin que se mantuviera estrictamente la consciencia del desdoblamiento de una con respecto a la otra. De confirmarse esta hipótesis, de lo que, reconocemos, todavía estamos lejos, se derivaría un argumento a favor de una antigüedad mayor a la supuesta en la creación/conformación del semisilabario oriental.

35. Rodríguez Ramos (2004), pp. 109-114 y 143.

Espanca, derivados ambos, sin duda, de la “beth” fenicia). Precisamente si al signo número 2 de Espanca le añadimos el apéndice mencionado obtendríamos una forma similar a de “be”, sin duda arcaica, de la inscripción C.3.2 (3^{er} signo), similar a la forma, según Untermann, “be8”, pero abierta por abajo.

SIGNO “bi” (𐤁)

Ya hemos visto que el signo que en meridional (y también en suroccidental, y también existente en Espanca) indicaba “bi” dio origen al que en oriental indicaba “u”, por lo que se creaba un “casilla” vacía para este silabograma en el sistema oriental. Por ello se han planteado diferentes orígenes para este signo.

Existe una propuesta de de Hoz según la cual la sílaba “bi” aparecería transcrita en el semisilabario meridional mediante \uparrow , pero también mediante \uparrow ³⁶. Con ello tendríamos solucionado el “problema”: Uno de estos signos originaría “u” y el otro mantendría su valor propio. Sin embargo, la atribución de tal valor al segundo signo dista de ser segura, pues resulta mucho más probable el valor, ya antes indicado, “ba”.

Con todo, también se ha propuesto que este mismo signo, aún con su valor “ba”, dio origen, tras un cambio en el valor de su timbre vocálico (un cambio que ya habría experimentado al pasar del suroccidental “be” al meridional “ba”³⁷), al “bi” oriental, al que sin duda se parece.

Ciertamente, creemos que no sería imposible el paso del signo “ba” a “bi”, pero nos parece difícil que un mismo signo desdoblase su valor al adoptarse al sistema oriental, siendo más factibles (y coherentes según nuestro planteamiento) otras posibilidades. Por ello sí consideramos plausible la idea de que el signo oriental (sin menoscabo de la influencia de otro parecido en meridional) sea una adopción directa de la “pi” griega. El propio nombre de la letra griega favorece tal adopción, y un cambio en la sonoridad de la consonante bilabial no nos parece una objeción, dada su similitud fónica y la inexistencia probable del fonema sordo en ibérico.

SIGNO “bo” (𐤁)

Con respecto a los signos a los que se les ha atribuido el valor de “bo” debemos hacer unas consideraciones previas.

El signo que se ha venido considerando como habitual para este silabograma ha sido el denominado, en los MLH III de J. Untermann, “bo1” (𐤁). Sin embargo, a partir de las investigaciones de J. Ferrer³⁸, es mucho más probable que este signo, y otros similares a él en su trazo vertical, como “bo3” (𐤁 𐤁)³⁹, tenga que ser reinterpretado

36. Este autor mantiene (de Hoz, 1996) para el meridional un cuadro de seis fonemas vocálicos, y postula dos tipos de /i/.

37. Según nuestras hipótesis en realidad no se habría dado tal “paso”, sino que se reinterpretó de diferente forma en estos dos signarios a partir del que hemos denominado “X”.

38. Cf. J. Ferrer (2005).

39. Con respecto a esta segunda variante de este signo, en celtibérico, puede verse C. Jordán (2005), pp. 1.018-1.021.

como “ta”, variante (sorda) de X , (y así estos signos, según la propuesta del propio Ferrer, pasarían a denominarse “ta2”, X̶, y “ta3”, X̶).

Tras ello, sí nos parece probable que uno de los signos que nos queda con el valor de “bo”, el denominado “bo4” (X̶), derive directamente del que servía en Meridional para marcar esta sílaba (X̶). Sin embargo, vemos que sería improbable que esta forma meridional derivara en la oriental X̶, dada su disparidad fonética, tras la nueva reinterpretación “ta” propuesta (aunque sin duda es semejante gráficamente).

Por tanto, este signo propiamente no debería aparecer en este grupo (con la salvedad de que nos referimos sólo al denominado “bo4”, X̶), sino en el que hemos indicado de signos con coincidencia entre los semisilabarios meridional y oriental pero no con el suroccidental (y unirlo a los mencionados para “bu” y “ki”, y probablemente también “ba”).

SIGNO “te” (ϕ)

Con respecto a este valor no existe unanimidad absoluta sobre qué signo lo representaría en el semisilabario meridional, aunque el más probable sería X̶, valor que también encontraríamos en el semisilabario suroccidental. Con éste nos encontramos, así, de nuevo, con uno de esos signos “escalares” tan “variables” y problemáticos, especialmente en el signario suroccidental.

No se nos escapa que ambos signos guardan cierta relación formal, por lo que sería posible que el oriental derivara directamente del meridional, pero en esta interpretación encontramos algunos inconvenientes.

El signo meridional se parece mucho al que en oriental representa “o”. Por ello, consideramos que este parecido fue una razón suficiente para desechar este signo (como sucedió con otros) en la conformación del semisilabario oriental.

Esto implicaría, por supuesto, que tal valor debería ser representado por algún otro signo, y el candidato más adecuado para tal adopción nos parece aquel que en meridional⁴⁰ representaba el valor de “ti”, ϕ⁴¹. A ello nos impele no sólo su gran parecido formal (mayor en alguna de las variantes del oriental), sino también su alta similitud fonética (en ambos casos se trata de una consonante dental seguida de una vocal anterior, con la única diferencia de distinto, pero cercano, grado de abertura). Junto a este hecho no nos parece aventurado postular, además, una posible influencia del signo griego “theta”, θ⁴².

Por otra parte, esta atribución que hemos propuesto tendría como consecuencia que la “casilla” del signo para indicar el valor de “ti” en oriental quedara a su vez vacía, tal como veremos a continuación.

40. También aparece en el signario suroccidental con el mismo valor, y también está presente en el signario de Espanca, dentro del grupo de signos que según I.J. Adiego (1993) pertenecería a una segunda fase en su creación.

41. Según de Hoz el valor “ti” estaría representado en el signario meridional por dos signos, pero el más habitual, y consensuado, es el que acabamos de indicar. Sobre el otro trataremos en el apartado siguiente.

42. Y, dada la variante habitual jónica, con dos aspas, podríamos añadir que el ibérico eliminó un aspa transversal para marcar la oclusiva sonora y dejó la variante “prestada” para indicar la sorda (a la que fonéticamente, aunque sin aparente aspiración, se parecía más) en el sistema dual de notación de oclusivas.

SIGNO “ti” (Ψ)

Como el signo que en el semisilabario oriental indica “te” procede de aquel que en meridional indica “ti”, consideramos que éste no ha podido dar lugar al “ti” oriental, por lo que un signo para tal valor ha debido ser adoptado de otro lugar.

No obstante, de forma paralela a lo que hemos indicado con respecto al signo “bi”, también para “ti” postula J. de Hoz la existencia de dos signos, el mencionado Φ , y otro, Ψ , completamente igual al del oriental. Pero este último signo sólo lo tenemos atestiguado en un texto en signario meridional (el G.7.2), por lo que tenemos algunas reservas en aceptar que un signo con tal restricción diatópica pasara a formar parte del signario oriental, de origen ciertamente lejano. Además, otros autores han interpretado de forma diferente este signo y han propuesto la posibilidad de una lectura /e/, entre ellos J. Untermann y Rodríguez Ramos⁴³, quien además sí mantiene la hipótesis de que “ti” oriental pueda proceder de “ti” meridional⁴⁴.

Por otra parte, este signo aparece en el signario suroccidental, pero es muy poco frecuente, y también en el de Espanca⁴⁵.

Ante estas situaciones, en principio no encontramos un origen claro para este signo, pero (o por ello) no queremos dejar de hacer mención a una posibilidad, muy hipotética o, si se quiere, aventurada, pero no por ello susceptible de ser pasada por alto sin más o ser completamente obviada.

Nos referimos a una posible influencia de la grafía griega “psi”. Esta influencia no vendría marcada tanto por la grafía propia, pues en la forma de los dos trazos laterales superiores difieren en parte (la “psi” griega se asemejaría más a “ti4” de Untermann, aunque esta forma no parece ser la más antigua)⁴⁶, sino más bien por una influencia podríamos decir psicológica. A partir del hecho de la existencia en griego de un grafema, deletreado con el sonido “i”, el (los) creador (creadores/conformadores) del signario ibérico oriental habría encontrado un signo adecuado para “rellenar” esa casilla que había quedado vacía, y este signo griego, por su similitud formal con otro ya existente en los otros signarios con valor desconocido o ambiguo, podría ser un buen candidato al representar un grupo de sonidos inexistente en ibérico⁴⁷, pero con cierto componente dental (representado por la silbante del grupo).

Aunque insistimos en que esta propuesta es muy hipotética no nos parece del todo descabellada, y más si tenemos en cuenta, como también hemos propuesto, la derivación de la “pi” griega al signo “bi” ibérico oriental.

SIGNO “to” (W)

Todavía no se ha encontrado un signo con este valor en el signario ibérico meridional (aunque según una propuesta de Rodríguez Ramos podría ser \mathcal{D} ó Δ). También se ha señalado la existencia de un signo Ψ , que guarda cierta semejanza con el “to” oriental, sobre todo en algunas de sus variantes.

43. Éste último también ha propuesto una posible lectura /ki/.

44. Cf. Rodríguez Ramos (2004), p.87.

45. Cf. Correa (1996a).

46. Cf. Rodríguez Ramos (2004), pp. 135-136.

47. Hecho para el que existen paralelos en griego de signos sobrantes para marcar fonemas no existentes en la lengua del signario de origen.

Con respecto al signo del semisilabario oriental creemos que la explicación más sencilla es hacerlo derivar del signo “ti”, una vez creado en oriental, derivación facilitada por la semejanza articulatoria en la oclusiva de ambos grupos. Ello vendría además corroborado por las diferentes variantes en ambos signos, incluidas las posibles distinciones (con rasgos también comunes) con respecto a la notación de la sonoridad de la oclusiva.

SIGNO “ku” (◊)

Al igual que lo que sucedía en el signo anterior, todavía no hay un consenso unánime sobre el signo que marca esta sílaba en el signario meridional (aunque Rodríguez Ramos piensa que podía ser \wedge , si bien éste habitualmente se ha considerado con el valor de “ki”, como en oriental). Según esto no hay ningún signo en meridional en correspondencia con este signo del oriental, con la excepción hecha de una variante del signo “ti”, que en ocasiones aparece como ◊.

No obstante, habría que hacer una salvedad. En el plomo de Mogente (G.7.2) aparece habitualmente un signo Φ . Éste ha sido interpretado de diferente manera, habitualmente como “ki” (o ki^2 según de Hoz). No obstante también cabría una lectura hipotética como “ku”. En tal caso, se podría considerar que este signo podría proceder en última instancia de la “qof” fenicia.

Un hecho similar podría haber sucedido con respecto a la “ku” ibérica oriental. Pero, al existir ya un signo de características gráficas semejantes (nos referimos al anteriormente citado para “f”), muy posiblemente el signo para “ku” debió de sufrir algunas modificaciones gráficas. Este signo, por tanto, según nuestra opinión, siempre según el contexto en el que, creemos, se originó el signario, sería una adaptación, con acortamiento o reducción del trazo recto, del signo griego arcaico “qoppa”, del que, además, gráficamente difiere menos. Como es sabido, este signo cayó en desuso en la mayoría de alfabetos griegos, pero todavía se usó durante cierto tiempo (y todavía más como numeral), lo que también podría ser indicativo de un terminus ante quem en la conformación de este silabario.

También puede resultar interesante el hecho de que en el alfabeto greco-ibérico nunca aparece (al menos hasta el momento) esta sílaba con su variante oclusiva sorda, /ku/, por lo que, aunque sin duda esta combinación de sonidos tuvo que existir en ibérico, debió ser poco frecuente; de ahí que no tengamos constancia de una variante gráfica de este signo en el sistema dual para marcar dicha variante sorda.

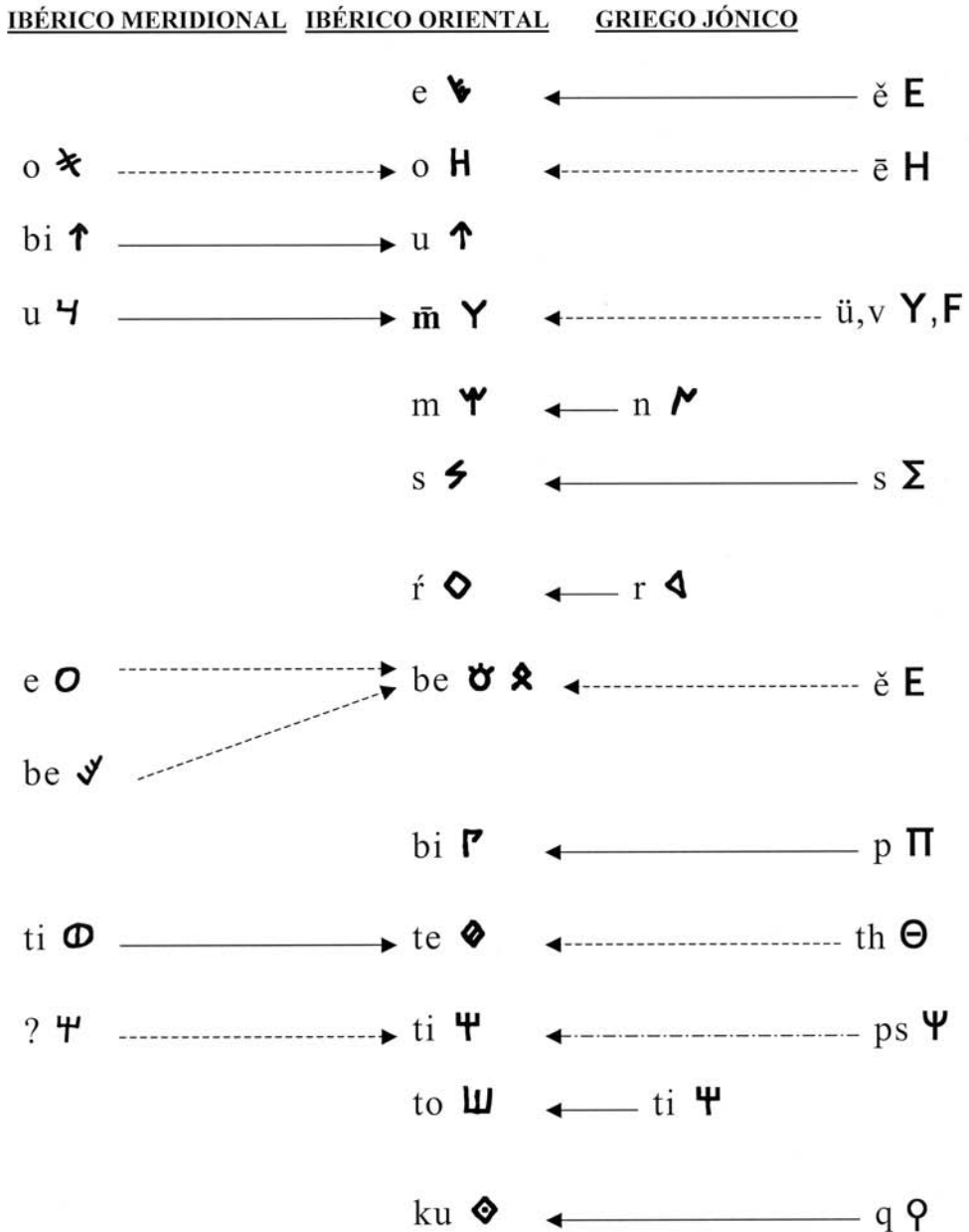
Por otra parte, poco podemos decir del signo “ Φ ”, que aparece sólo en el plomo del Castell de Palamós (C.4.1). Aunque no se puede descartar que se trate de algún tipo de nexos, creemos más probable que se trate de una variante diatópica de otro signo⁴⁸. Del mismo modo, no podemos pronunciarnos, por el momento, sobre los muy poco frecuentes signos Ψ y Υ , entre otros.

Tras estos análisis particulares vemos que el anterior grupo de quince signos debe, propiamente, como ya indicamos, reducirse a trece. Con ello, el grupo que englobaba los silabogramas con consonante labial ya no es tan destacable (excepto en su dinámica para la transformación y conformación de otros signos), aunque sí lo sigue siendo en las relaciones entre el signario suroccidental y meridional. Esto nos sigue

48. Cf. Untermann (1990, vol. 2, pág. 83).

mostrando que la tipología de este fonema ibérico, y de otras posibles lenguas paleo-hispánicas, tenía unas características peculiares cuya concreción se nos sigue escapando. De momento.

Finalmente, antes de pasar a sistematizar las conclusiones generales que pueden extraerse de estos análisis, creemos conveniente mostrar gráficamente nuestras hipótesis presentándolas mediante el siguiente esquema:



En este cuadro hemos indicado en la primera columna aquellos signos del semisilabario meridional cuyo valor (o forma) ha cambiado al utilizarse en el oriental, indicado en la columna central. Junto a ésta, en otra (semi)columna hemos indicado los signos del oriental que han dado lugar a signos nuevos dentro de este mismo signario. Y finalmente, en la columna de la derecha hemos indicado los signos griegos adaptados o que influyeron en la creación de este semisilabario oriental. Dentro del marco hipotético general en el que nos movemos, hemos querido plasmar también aquellas posibilidades que nos parecen más probables, y así hemos establecido para éstas flechas con líneas continuas, y discontinuas para las más hipotéticas. Además hemos dejado el paso de “ps” griega a “ti” ibérica oriental en una situación intermedia.

4. ALGUNAS “PRE-CONCLUSIONES” EPIGRÁFICAS, HISTÓRICAS Y LINGÜÍSTICAS

Aunque no podemos extraer de momento conclusiones definitivas sobre cómo se produjeron los cambios mencionados, a partir del esquema previo y de los datos particulares anteriormente expuestos sí podemos aventurarnos a intentar establecer una evolución, creemos que condicionada, pero también sistematizada, en las readaptaciones de algunos de estos signos.

Para ello, según nuestras hipótesis, tendríamos que partir de la creación de un nuevo signo, creado “ex novo” para la plasmación de la denominada segunda vibrante, esto es, “f” (◊), a partir de la primera ◀, que en el signario oriental tendría esta orientación hacia la izquierda para no confundirse con la “a”, ▶.

Obviamente no tenemos pruebas (y mucho menos si tenemos en cuenta nuestros todavía precarios conocimientos sobre los hechos cronológicos en epigrafía ibérica) de que tal signo se creara en primer lugar ni que esta creación condicionara la evolución que vamos a mencionar, pero ésta responde a una lógica que muy bien podría ser aceptada al menos, creemos, en parte, tal como expondremos a continuación.

También es posible que en estos hechos también influyera la existencia de la variante de “f” ♯, y otras con el trazo vertical más o menos largo. Éstas serían muy semejantes a la “qoppa” griega (Ϙ), con lo que quizás provocarían una variación diacrítica en la grafía establecida para la secuencia “ku” (si verdaderamente este signo procede de aquél griego, con acortamiento del trazo vertical hasta reducirlo a un solo punto: ◊).

Así, ante estos dos nuevos signos, tan parecidos al que en meridional indicaba “e”, se tomó uno nuevo para plasmar este último fonema y se recurrió al alfabeto griego, del que se tomó aquél más probable, es decir, “épsilon”, que en el signario oriental quedaría como ♣ ó ♤. Con ello, el signo que en el signario meridional transcribía “be” ya no podía utilizarse, al ser formalmente muy semejante al nuevo signo aparecido en el oriental.

Por tanto, para poder transcribir esta sílaba el signario oriental tuvo que recurrir a otro signo, para el cual nos parece un probable candidato el que en meridional transcribía precisamente “e” (○), con cuyo valor fonético guarda cierta semejanza (y quizás más todavía si recordamos la problemática que más adelante mencionaremos con respecto a los fonemas labiales), pero adaptado, para evitar ambigüedades, mediante

la adición de algunos trazos que existían en el propio de la Ψ ibérica, con lo que podríamos obtener la forma conocida Ψ .

Pasamos ahora a ocuparnos del signo H. Ciertamente, lo más “cómodo”, a priori, hubiera sido mantener el grafema meridional X , pero creemos que no es descartable otra hipótesis. Con todas las reservas posibles, no es improbable que, dado que se adoptó un signo griego para indicar un fonema vocálico de abertura media, también se recurriera a este alfabeto para indicar el otro fonema vocálico medio. Sin duda, en principio se debería haber recurrido a la “ómicron”, pero ésta resultaba muy parecida a “í” (I), como ya vimos. También podría haberse recurrido a la “ómega”, cuyo valor fonético parece más cercano también al del fonema /o/ ibérico. Pero como obviamente no sucedió así, la única explicación de esto, a nuestro modo de ver, es el argumento que ofrecemos a continuación. Como hemos anticipado, no sería descabellado pensar que al adoptarse un signo del alfabeto griego para indicar una vocal media, se adaptara otro, aunque tuviera un valor fonemático semejante a la primera, para indicar la otra. El o los adoptantes del alfabeto griego simplemente tuvieron en cuenta la existencia de otro signo con valor vocálico, aunque fuera semejante al que ya se había adoptado, para adaptarlo con un valor vocálico diferente. Y en esta cuestión quizás influyera el orden de aparición de estas vocales en el alfabeto jonio, pues tras la adopción de “épsilon” para una vocal media se adaptaría la siguiente vocal en el orden alfabético para la otra media. Así, además, como dijimos, se evitaba una ambigüedad gráfica.

Si esta última hipótesis nuestra fuera correcta obtendríamos, a su vez, dos importantes conclusiones: 1ª El creador (o conformador) del semisilabario ibérico oriental muy posiblemente sería un ibero, o un ibero-parlante, pero desde luego muy probablemente un griego. 2ª Dado el predominio, con respecto a algunos signos, de la influencia del alfabeto griego sobre signos del semisilabario meridional desechados (o transformados), es muy posible que este creador-conformador del semisilabario oriental no se basará en el meridional como signario base (aunque sin duda debía conocerlo), sino en otro, que posiblemente diferiría en parte del meridional, sin duda más alejado culturalmente pero también, y esto lo consideramos más importante, más alejado lingüísticamente de la lengua que él utilizaba, razón por la cual se vería obligado (o no “grafo-culturalmente” coartado) a establecer algunos cambios gráficos (no tanto estructurales) con respecto a su modelo, que no es otro que el que hemos denominado signario X. Todo ello intentaremos enmarcarlo en las conclusiones finales.

Retomando nuestra evolución gráfica, la adopción de este nuevo signo vocálico crearía un nuevo conflicto con respecto a otro con el que guardaba muchas similitudes; nos referimos al que en el signario meridional indica “te” (X). Por ello, para indicar esta sílaba el signario oriental debió recurrir a otro signo, y el más plausiblemente probable no sería otro que uno conocido en el signario meridional con un valor aproximado, es decir, el que marcaba “ti” (I). Como prueba de ello bastaría considerar el evidente parecido gráfico, pero no sería improbable una posible influencia del signo griego “theta” (θ), tanto por su similitud gráfica como por su parecido fonético.

Con esta adopción quedaría vacía la casilla para el silabograma “ti”, y es aquí donde posiblemente se recurriera de nuevo al alfabeto griego y se tomara un signo con cierta relación psicológica (como hemos planteado), que sería el que en griego plasmaba el conjunto fonemático “ps” (ψ), dando lugar a Ψ . Finalmente, éste daría

lugar, con mucha probabilidad mediante un cambio gráfico para plasmar un cambio vocálico en la sílaba, al signo “to” (Ϝ).

Ya fuera de esta evolución, queda por concretar el paso del signo con valor “bi” meridional (y suroccidental) al valor de “u” oriental (↑). Por no repetirnos remitimos a los comentarios particulares sobre estos signos, aunque insistimos en que el alfabeto griego pudo tener una influencia importante en la modificación y adopción de los signos que marcan estos sonidos.

Según todos estos datos podemos establecer varios tipos de evoluciones y transformaciones (con cierto grado de probabilidad) y formar grupos de signos orientales entre aquellos que, como dijimos, no presentan coincidencias plenas entre el signario oriental y los otros paleohispánicos:

- 1) Signos que simplemente se han tomado de otro signario, con cambio de valor sin influencia externa aparente: ↑.
- 2) Signos tomados de otros signarios, con transformación de su valor por influencia de otros signos del alfabeto griego (con posible influencia directa de éste también en su forma): Η, Υ, Θ, ϙ y Ψ.
- 3) Signos tomados directamente del alfabeto griego: β, ζ, ρ y ϙ.
- 4) Signos derivados de otros signos orientales: Ψ, ϙ y Ϝ.

El primer grupo, con un solo signo, representa un caso evidente e ineludible, y puede obedecer a razones fonéticas internas, pero ¿por qué no desdoblar el signo Η para marcar dos sonidos, “u” y “m”?

El segundo grupo denota unos cambios de valor que quizás sean difíciles de explicar, pero que muy probablemente tuvieron que ver con la adopción de los signos griegos del grupo 3, lo que llevaría a una remodelación del sistema, también influenciada por la existencia de signos griegos con valor o forma semejante a éstos que tuvieron que transformarse. Con todo, en sentido estricto, en este grupo sólo hay dos signos que ofrecen, según nuestra propuesta, un cambio de valor claro, Υ y ϙ. Ambos podrían representar un rasgo común en este cambio de valor, la labialidad en el primero y el componente dental en el segundo.

No obstante, quisiéramos hacer aquí un inciso con respecto al cambio de valor en algunos signos al adoptarse de una lengua, o variante gráfica, a otra. Aunque es habitual que para indicar un nuevo valor simplemente se transforme un signo o se cree también uno nuevo, también tenemos testimonios de simples cambios de valor para un signo dado. Un hecho similar lo tenemos en las adaptaciones de algunos signos del jeroglífico egipcio por parte de los alfabetos semitas (como el fenicio)⁴⁹. Incluso la propia creación del alfabeto griego nos puede presentar algunos ejemplos (además de la transformación de signos con valor en fenicio inexistente en griego). También el etrusco ofrece cambios de valor en los grafemas (como la adaptación de “Γ” con valor de oclusiva velar sorda, dada la inexistencia en esta lengua de la variante sonora).

49. Cf. Sampson (1997), pp. 113 y 117, aunque este autor mantiene que estos cambios fueron producto de las propias características fónicas y léxicas de la lengua adaptante.

En fin, se podrían aducir más ejemplos ya en lenguas modernas y sus sistemas ortográficos (aunque las razones de éstos son habitualmente mejor conocidos: reestructuración ortográfica, influencia de dos sistemas o dos lenguas diferentes, etc.)⁵⁰.

Finalmente, con respecto al grupo 3 creemos que el origen griego de sus signos es inequívoco; y lo mismo puede decirse de los signos del grupo 4, en su origen a partir de signos orientales mediante variación gráfica.

Por otra parte, a partir de todo lo expuesto también se pueden extraer una serie de conclusiones no sólo epigráficas sobre los diferentes cambios que ha experimentado el semisilabario oriental con respecto al meridional, sino también otras que tienen que ver con aspectos históricos en relación con el proceso y motivaciones en la creación este semisilabario oriental, e incluso con ciertos aspectos que atañen a ciertas características lingüísticas de la lengua o lenguas implicadas en estos procesos.

Con respecto a los signos coincidentes en los signarios meridional y oriental pero no en suroccidental, básicamente “ki”, “ba”, “bo” y “bu”, ya hemos visto que “ki” presenta ciertas discrepancias en su lectura, mientras que para los otros tres, todos con oclusiva labial, la lectura “ba” también presenta discrepancias, y su forma con respecto a la del oriental también varía; “bo” parece de lectura segura, pero su posible paso al signario oriental ha quedado restringida a un signo del que se han excluido algunas variantes más parecidas en su forma al signo meridional; y a “bu” le hemos otorgado este valor por similitud con el signo oriental. Vemos así que las relaciones entre signarios con respecto a, sobre todo, estos tres últimos signos queda un tanto desdibujada.

Así, nos encontramos con una serie de problemas por lo que respecta a la serie con oclusivas labiales, a la que habría que añadir que, curiosamente, las vocales que han presentado transformaciones de valor (y forma) son también las que contienen un elemento labial, la “o” y la “u”. Y también curiosamente los dos nuevos valores creados (Υ en parte, y Ψ), inexistentes en el signario meridional, también parecen tener cierto carácter labial, junto con el nasal.

Este hecho podría ser indicativo de que el valor fonético concreto de las oclusivas (y no oclusivas) labiales entre las diferentes lenguas paleohispánicas era discrepante.

Al diferir también, al menos en parte, los signos con carácter fonético labial, básicamente pero junto con otros, entre los semisilabarios meridional y oriental, podemos concluir, también a partir de la posible influencia griega expuesta, que con bastante probabilidad el signario oriental, tal como más arriba hemos anticipado, no derivó directamente del meridional, sino que fue una readaptación de este signario X (nuevamente con problemas de interpretación de las labiales) bajo la obvia influencia también de hablantes de la lengua ibera conocedores del semisilabario meridional. Dicho con otras palabras, los creadores del semisilabario oriental, aunque conocían la estructura del semisilabario meridional para escribir ibero, readaptaron un sistema anterior, con el que quizás estuvieran más en contacto, para transformarlo en el suyo propio bajo la influencia parcial (posiblemente no total debido al prestigio de éste o estos sistemas ya usados para su lengua) del alfabeto griego en las formas que hemos visto y analizado.

50. Algunos ejemplos de estos hechos también son reseñados por X. Ballester (2004), autor que, por cierto, piensa que en el hecho diferencial del semisilabario oriental la influencia se debió básicamente al alfabeto etrusco.

5. CONCLUSIONES FINALES

Como cualquier estudioso de las lenguas y epigrafía paleohispánicas sabrá bien, no somos en absoluto originales si nos quejamos de lo escaso del material epigráfico disponible para nuestros trabajos. No obstante, debemos ceñirnos a los datos que este propio material nos proporciona para avanzar, intentar avanzar, en el conocimiento de este mundo no ya tan opaco gracias a muchos.

Pese a todo, la escasez de este material también obliga a establecer premisas que en un primer momento quizás no puedan ser corroboradas, pero que pueden resultar necesarias para precisamente avanzar en otros aspectos que posteriormente pueden verse confirmados o, por el contrario, rechazados.

Con esto no queremos justificar el establecimiento de conclusiones basadas en argumentaciones endebles o construidas sobre apriorismos sin base, sino que opinamos que es aceptable establecer hipótesis que nos permitan seguir trabajando en otros aspectos o enlazar éstas con datos que parezcan más seguros, a pesar de no saber mucho sobre ellos.

Obviamente, las hipótesis no son datos, sino planteamientos que deben basarse en éstos (o al menos en una parte conocida o confirmada de éstos), pero deben ser planteamientos que ofrezcan soluciones a incógnitas desde una base sólida o susceptible de ser comprobada, nunca como elucubraciones fantasiosas e hipotéticamente insostenibles.

Por ello, las conclusiones que ofrecemos a continuación se basan en algunas hipótesis que nos parecen acertadas o al menos posibles (ciertamente en diferentes grados); e incluso algunas son discordantes con otras de otros estudiosos que también son posibles. Pero, como hemos mencionado, mientras la cantidad del material disponible sea tan escasa, la elección entre unas y otras debe quedar abierta, y siempre expuestas, por supuesto, a opiniones contrarias y refutaciones.

Además de estas hipótesis, algunas de las conclusiones expuestas también se basan en datos comprobados (no muchos, bien es cierto), y en su conjunto creemos que ofrecen una propuesta coherente y sensata. Pero no dejamos de ser conscientes de que la coherencia y la sensatez pueden ser aparentes, por lo que si nuestras conclusiones son rechazadas a partir de nuevos hallazgos o estudios nuevos más plausibles sabremos que hemos tomado un camino equivocado, y así ya conoceremos otro que debe ser desechado mientras descubrimos el adecuado.

Creemos como hecho demostrado, o al menos muy posible, tal como argumentamos en el apartado 1, que el semisilabario ibérico oriental tuvo su origen, tal y como lo conocemos, en la zona costera nororiental de Cataluña o en la zona inmediatamente septentrional. En todos estos territorios se produjeron intensos contactos no sólo entre gentes iberoparlantes de la costa y comerciantes y colonos griegos, sino también con al menos pueblos del interior, fueran iberoparlantes o no, pueblos celtas y posiblemente también comerciantes etruscos.

Dadas así las cosas, resulta muy probable que los ya letrados griegos influyeran en los iberos y los condicionaran en el uso del instrumento de la escritura, bien por prestigio del pueblo influyente, bien, más probablemente, por necesidades prácticas en los hábitos de comercio establecidos.

Con todo, sigue siendo chocante (bajo nuestro punto de vista, quizás distorsionado) el hecho de que los iberos no adoptaran el alfabeto griego directamente o al menos con leves modificaciones, tal como ocurrió en la zona de Contestania (sin duda también a partir de contactos, no creemos que esporádicos, comerciales costeros). El porqué continúa siendo una incógnita, pero intentaremos aclarar algunos condicionamientos.

Es muy probable que los iberos nororientales que hemos mencionado tuvieran establecidas una serie de rutas comerciales (bien propias bien en compañía de los griegos, o incluso en connivencia, si se nos permite la expresión, con los fenicios) a lo largo de las costas ibéricas. En este trasiego comercial sin duda establecerían contactos con las gentes del ámbito de la desembocadura del Guadalquivir, lo que venimos conociendo como Tartesos, pero también con otros de la costa andaluza y del sureste hispano.

En estos contactos tendrían conocimiento del uso de la escritura por parte de estos pueblos, tanto de los tartesios, que posiblemente utilizaran una escritura que todavía desconocemos para una lengua de la que tenemos pocos indicios (pero que hubo de existir), como de ibero-parlantes, fueran bastetanos o contestanos, que utilizaban una escritura muy parecida a la de los anteriores para una lengua que con mucha probabilidad era muy semejante a la suya propia.

Creemos que a partir de este conocimiento (no sólo de su existencia, sino también efectivo en su uso), algunos comerciantes iberos de la zona nororiental decidieron adoptar este sistema de escritura (bien por posible prestigio del mundo tartésico, bien por tener constancia de que efectivamente tal escritura o una semejante se usaba para una lengua como la suya), no sin antes efectuar una serie de cambios que sirvieran para adecuarla mejor a su propia lengua.

Con lo dicho podría parecer que de las dos escrituras antes expuestas la mejor candidata para servir como escritura origen sería el signario meridional, pero resultaría extraño que, puesto que esta escritura reflejaba la misma lengua, fuese necesario efectuar tantos cambios. Por ello nos inclinamos a creer que la escritura de origen sería la tartésica, que aquí hemos denominado X. La oriental recibiría también la influencia de otra que sí transcribía ibero, cuyo conocimiento sin duda existía, pero quizás menos profundo, pues en el momento de esta adopción presumiblemente no se habría extendido completamente desde su Oretania de origen hasta la costa, donde además entró en competencia con el alfabeto greco-ibérico. Probablemente ésta también fuera conocida por nuestro(s) creador(es) ibérico(s), pero la escasa difusión de este sistema podría haberlo convertido en un candidato endeble para ser adoptado (o quizás la razón fuera la misma que la de la no adopción directa del alfabeto jonio). Con ello, creemos, podría quedar superado el hecho de la importante diferenciación gráfica entre los semisilabarios meridional y oriental, al establecer un origen común, pero con adaptación e influencias diferentes, y un origen geográfico para el segundo distinto del lugar de uso del primero.

En estos cambios en la adopción del signario origen fue donde intervino el alfabeto griego. Se trataba así de utilizar una escritura no ya de otro pueblo, sino una con ciertos visos auctóctonos aunque con influencia ajena necesaria (lo que sin duda, a los ojos del ibero no sería lo mismo).

Por tanto, la influencia del alfabeto jonio en el sistema ibérico quedaría de este modo comprobada a partir de la reutilización de signos, pero también con otra serie de hechos, algunos incluso estructurales, a los que los otros dos signarios paleohispánicos son en parte ajenos. Nos referimos en primer lugar a la necesidad de plasmar gráficamente diferentes fonemas nasales o, al menos, alófonos. En segundo lugar, el cambio de dirección en el sentido de escritura con predominio del de izquierda a derecha sin duda también se debió a la influencia griega, pues el resto de escrituras de las que se pudiera tener conocimiento, incluida la fenicia, presentaban un predominio en la dirección de derecha a izquierda.

Y en tercer lugar, y lo ponemos aparte porque nos parece más relevante, parece ser que desde el primer momento de la creación del signario oriental se estableció la práctica de distinguir gráficamente mediante un signo diacrítico el modo de articulación de las consonantes oclusivas, el conocido como sistema dual (aunque, recordamos, no afecta a la serie labial). Sin duda, esta oposición fonológica era pertinente en la lengua ibérica -quizás no tanto en la lengua del signario X-, pero en el signario meridional no hay ningún indicio de tal práctica diferenciadora. Si en el signario oriental se vieron impelidos a hacerlo fue posiblemente, además de por razones prácticas, por el hecho de que en el alfabeto griego, que ya conocían, tal práctica se daba.

Claro está que el griego utiliza signos diferentes y sin correspondencia entre sí para esta distinción (al igual que el fenicio, en este caso), pero esta práctica era ajena a la estructura del propio sistema oriental y de aquél en el que tuvo su origen.

Las razones de la progresiva desaparición de este sistema dual, en la expansión cronológica y geográfica del signario, podrían buscarse en el hecho de que, con la extensión y difusión de este signario, tal práctica (gráficamente muy sencilla, pero también visualmente poco distinguible) dejaría de ser económica al ser discernible el valor fonemático concreto de un signo gracias al contexto de su aparición, o por aparecer en palabras fácilmente distinguibles⁵¹. No obstante, este sistema dual tuvo una perduración considerable, y posiblemente influyó en las primeras adaptaciones que se efectuaron para transcribir la lengua celtibérica⁵².

Concluimos aquí nuestra exposición creyendo que hemos probado que el alfabeto griego jonio tuvo una importante influencia en la conformación del semisilabario ibérico oriental (o al menos en el hecho diferenciador de éste con respecto a los demás paleohispánicos), por cuyas características concretas sí podríamos denominar como su variante nororiental. Pero junto al interés epigráfico particular que tal comprobación pueda tener, creemos que también debe ser resaltada la forma en la que esta conformación tuvo lugar, pues, como hemos indicado, puede tener cierta transcendencia en algunos aspectos no sólo de la fonología ibérica, sino también de su gramática en sentido global. Sirva, por tanto, como punto de partida o ayuda para futuros trabajos que contribuyan a resolver los todavía muchos enigmas de esta lengua.

51. Para otras explicaciones, en parte complementarias con la nuestra, vid. J. Ferrer (2005), pp.971-973, y J. Rodríguez Ramos (2001), pp. 35-36.

52. Para estas últimas cuestiones pueden verse también los artículos de J. Ferrer (2005), pp. 973-975, y C. Jordán (2005).

BIBLIOGRAFÍA

[En esta bibliografía incluimos, básicamente, sólo obras mencionadas en este artículo. Obviamente, para el tema tratado ésta es mucho más amplia, pero se podrá encontrar en las aquí citadas.]

- ADIEGO, I.J., (1993) "Algunas reflexiones sobre el alfabeto de Espanca y las primitivas escrituras hispanas", *Studia Palaeohispanica et Indogermanica J. Untermann ab amicis hispanicis oblata*, Adiego, I.J., Siles, J. y Velaza, J., (eds.), *Aurea Saecula*, 10. pp. 11-22, Barcelona.
- BALLESTER, X., (2001), "Fono(tipo)logía de las (con)sonantes (celt)ibéricas", *Religión, Lengua y Cultura Prerromanas de Hispania. Actas del VIII Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica (Salamanca, 11-15 de mayo de 1999)*, ed. por F. Villar y M^a P. Fernández Álvarez, Salamanca, pp. 287-304, Salamanca.
- , (2004), "La conexión tirrénica del hemialfabeto ibérico levantino", *XVIII seminario de lenguas y epigrafía antiguas, E.L.E.A., 5.*, pp. 19-50.
- , (2005), "Lengua ibérica: hacia un debate tipológico", *Acta Palaeohispanica IX. Actas del IX Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas (Barcelona 20 a 24 de octubre de 2004) (=Palaeohispanica 5)*, ed. por F. Beltrán, C. Jordán y J. Velaza, pp. 361-392, Zaragoza.
- CORREA, J.A., (1983), "Escritura y lengua prerromanas en el sur de la península ibérica", *Unidad y pluralidad en el Mundo Antiguo. Actas del VI congreso español de Estudios Clásicos I*, pp. 397-411, Zaragoza.
- , (1987), "El signario tartesio", *Studia Palaeohispanica. Actas del IV Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas (Vitoria/Gasteiz, 6-10 Mayo 1985)*, ed. por J. Gorrochategui, J.L. Melena y J. Santos, pp. 275-284, Vitoria/Gasteiz.
- , (1993), "El signario de Espanca (Castro Verde) y la escritura tartesia", *Lengua y cultura en la Hispania prerromana. Actas del V Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica (Colonia, 25-28 de Noviembre de 1989)*, ed. por J. Untermann y F. Villar, pp. 521-562, Salamanca.
- , (1994a), "La lengua ibérica", *Revista Española de Lingüística*, 24, pp. 263-287.
- , (1994b), "La transcripción de las vibrantes de la escritura paleohispánica", *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXI, pp. 337-341.
- , (1996a), "La epigrafía del Sudoeste: Estado de la cuestión", *La Hispania prerromana. Actas del VI Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica (Coimbra, 13-15 de octubre de 1994)*, ed. por F. Villar y J. D'Encarnaçao, pp. 65-76, Salamanca.
- , (1996b), "El pueblo de las estelas: un problema epigráfico-lingüístico", *Las lenguas paleohispánicas en entorno cultural (Curso de la U.I.M.P.P, Valencia, 4-9 octubre 1993)*, pp. 233-250, E.L.E.A. 2
- , (1999), "Las nasales en ibérico", *Pueblos, Lenguas y Escrituras en la Hispania Pre-romana. Actas del VII Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas (Zaragoza, 12 a 15 de Marzo de 1997)*, ed. por F. Villar y F. Beltrán, pp. 375-396, Salamanca.
- , (2001), "Las silbantes en ibérico", *Religión, lengua y cultura prerromanas de Hispania. Actas del VIII Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Penín-*

- sula ibérica (Salamanca, 11-15 de mayo de 1999)*, ed. por F. Villar y M^a.P. Fernández Álvarez, pp. 305-318, Salamanca.
- , (2002), “La distribución de las oclusivas orales en la toponimia prerromana de la Bética”, *Palaeohispanica* 2, pp. 133-139.
- , (2004), “Los semisilabarios ibéricos: algunas cuestiones”, *XVIII seminario de lenguas y epigrafía antiguas, E.L.E.A., 5*, pp. 75-98.
- , (2005a), “Escritura tartesia”, *Escrituras y lenguas del Mediterráneo en la Antigüedad*, Coords, Carrasco Serrano, G. y Oliva Mempeán, J.C., pp. 289-306, Eds. de la Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca.
- , (2005b), “Del alfabeto fenicio al semisilabario paleohispánico”, *Acta Palaeohispánica IX. Actas del IX Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas (Barcelona 20 a 24 de octubre de 2004) (=Palaeohispanica 5)*, ed. por F. Beltrán, C. Jordán y J. Velaza, pp. 137-154, Zaragoza.
- CUNCHILLOS, J.L. y ZAMORA, J.Á., (1997), *Gramática fenicia elemental*, C.S.I.C. Madrid.
- FERRER I JANÉ, J., (2005), “Novetats sobre el sistema dual de diferenciació gràfica de les oclusives”, *Acta Palaeohispanica IX. Actas del IX Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas (Barcelona 20 a 24 de octubre de 2004) (=Palaeohispanica 5)*, ed. por F. Beltrán, C. Jordán y J. Velaza, pp. 957-982, Zaragoza.
- DE HOZ, J., (1983), “Las lenguas y la epigrafía prerromanas de la península ibérica”, *Unidad y pluralidad en el Mundo Antiguo. Actas del VI congreso español de Estudios Clásicos I*, pp. 351-396, Zaragoza.
- , (1985): “El origen de la escritura del S.O.”, *Actas del III Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas (Lisboa, 5-8 Noviembre 1980)*, ed. por J. de Hoz, pp. 423-464, Salamanca.
- , (1987), “La escritura greco-ibérica”. *Studia Palaeohispanica. Actas del IV Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas (Vitoria/Gasteiz, 6-10 Mayo 1985)*, ed. por J. Gorrochategui, J.L. Melena y J. Santos, pp. 285-298, Vitoria/Gasteiz.
- , (1989), “La epigrafía focea vista desde el extremo Occidente”, *Actas del VII congreso español de Estudios Clásicos III*, pp. 179-188, Madrid.
- , (1993a), “La lengua y la escritura ibérica y la lengua de los iberos”, *Lengua y cultura en la Hispania prerromana. Actas del V Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica (Colonia, 25-28 de Noviembre de 1989)*, ed. por J. Untermann y F. Villar, pp. 635-666, Salamanca.
- , (1993b), “De la escritura meridional a la escritura ibérica levantina”, *Sprachen und Schriften des antiken Mittelmeerraums. Festschrift für Jürgen Untermann zum 65. Geburtstag*, pp. 175-189, Innsbruck.
- , (1996), “El origen de las escrituras paleohispánicas quince años después”, *La Hispania prerromana. Actas del VI Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica (Coimbra, 13-15 de octubre de 1994)*, ed. por F. Villar y J. D’Encarnação, Salamanca. pp. 171-206, Salamanca.
- , (1999), “Los negocios del señor Heronoiyos”, *Desde los poemas homéricos hasta la prosa griega del s. IV d.C. Veintiséis estudios filológicos*, J.A. López Férez, ed., pp. 61-90. Ediciones Clásicas. Madrid.

- , (2000), “Epigrafía griega en occidente y escritura greco-ibérica”, *Los griegos en España. Tras las huellas de Heracles*, Eds. Cabrera, P. y Sánchez, C., pp. 165-178, Ministerio de Cultura, Madrid.
- , (2000-2001), “La Hispania prerromana en la historia de la escritura”, *Zephyrus*, 53-54, pp. 113-149.
- , (2001,a), “Hacia una tipología del ibérico”, *Religión, Lengua y Cultura Prerromanas de Hispania. Actas del VIII Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica (Salamanca, 11-15 de mayo de 1999)*, ed. por F. Villar y M^a P. Fernández Álvarez, pp. 335-362, Salamanca.
- , (2001,b), “Sobre algunos problemas del estudio de las lenguas paleohispánicas”, *Palaeohispanica 1*, pp. 113-149.
- , (2005), “Epigrafías y lenguas en contacto en la Hispania antigua”, *Acta Palaeohispanica IX. Actas del IX Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas (Barcelona 20 a 24 de octubre de 2004) (=Palaeohispanica 5)*, ed. por F. Beltrán, C. Jordán y J. Velaza, pp. 57-97, Zaragoza.
- JORDÁN, C., (2004), *Celtibérico*, Monografías de Filología Griega 16, Zaragoza.
- , (2005), “¿Sistemadual de escritura en celtibérico?”, *Acta Palaeohispanica IX. Actas del IX Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas (Barcelona 20 a 24 de octubre de 2004) (=Palaeohispanica 5)*, ed. por F. Beltrán, C. Jordán y J. Velaza, pp. 1013-1030, Zaragoza.
- PANOSA, M.I., (1999), *La escritura ibérica en Cataluña y su contexto socioeconómico (siglos V-I a.C.)*, UPV/EHU, Vitoria/Gasteiz.
- QUINTANILLA, A., (1993a), “Sobre el vocalismo en la lengua ibérica”. *Lengua y cultura en la Hispania prerromana. Actas del V Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica (Colonia, 25-28 de Noviembre de 1989)*, ed. por J. Untermann y F. Villar, pp. 727-737, Salamanca.
- , (1993b), “Sobre la anotación en escritura ibérica del modo de articulación de las consonantes oclusivas”, *Studia Palaeohispanica et Indogermanica J. Untermann ab amicis hispanicis oblata*, Adiego, I.J., Siles, J. y Velaza, J., (eds.), *Aurea Saecula*, 10, pp. 239-250, Barcelona.
- , (1998), *Estudios de fonología ibérica*, UPV/EHU, Vitoria/Gasteiz
- RODRÍGUEZ RAMOS, J., (2000a), “La lectura de las inscripciones sudlusitano-tartesias”, *Faventia*, 22/1, pp. 21-48.
- , (2000b), “Vocales y consonantes nasales en la lengua íbera”, *Faventia* 22/2, pp. 25-37.
- , (2001a), “Sobre los signos de lectura problemática en la escritura ibérica levantina y una inscripción revisada”, *AEspA*, 74, pp. 281-290.
- , (2001b), “La cultura ibérica desde la perspectiva de la epigrafía: un ensayo de síntesis”, *Iberia*, 4, pp. 17-38.
- , (2002a), “La escritura ibérica meridional”, *Zephyrus*, LV, pp. 231-245.
- , (2002b), “Las inscripciones sudlusitano-tartesias: su función, lengua y contexto socio-económico”, *Complutum*, 13, pp. 85-95.
- , (2002c), “El origen de la escritura sudlusitano-tartesia y la formación de alfabetos a partir de alefatos”, *Revista di Studi Fenici*, XXX/2, pp. 187-222.
- , (2004), *Análisis de epigrafía íbera*, UPV/EHU, Vitoria/Gasteiz.

- RODRÍGUEZ SOMOLINOS, H., (1998), "Inscriptiones Graecae Antiquissimae Iberiae (IGAI)", en Mangas, J. y Plácido, D. (eds.), *Testimonia Hispaniae Antiquae (THA) II A; La península ibérica en los autores griegos: de Homero a Platón*, Ed. Complutense, Madrid.
- SAMPSON, G., (1997), *Sistemas de escritura*, Gedisa ed., Barcelona.
- UNTERMANN, J., (1975), *Monumenta Linguarum Hispanicarum. Band I: Die Münzlegenden*, Wiesbaden.
- , (1980), *Monumenta Linguarum Hispanicarum. Band II: Die Inschriften in iberischer Schrift aus Südfrankreich*, Wiesbaden.
- , (1984), "La lengua ibérica", pp. 249-272, *SIP 10, (Varia 3 "La cultura ibérica". Homenaje a D. Fletcher Valls)*.
- , (1987), "La gramática de los plomos ibéricos". *Studia Palaeohispanica. Actas del IV Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas (Vitoria/Gasteiz, 6-10 Mayo 1985)*, ed. por J. Gorrochategui, J.L. Melena y J. Santos, pp. 35-56, Vitoria/Gasteiz.
- , (1990), *Monumenta Linguarum Hispanicarum. Band III: Die Iberischen Inschriften aus Hispanien*. Wiesbaden.
- , (1996), "Los plomos ibéricos: estado actual de su interpretación", *Las lenguas paleohispánicas en entorno cultural (Curso de la U.I.M.P.P, Valencia, 4-9 octubre 1993)*, pp. 75-108, *E.L.E.A. 2*.
- , (1997), *Monumenta Linguarum Hispanicarum. Band IV: Die tartessischen, keltiberischen und lusitanischen Inschriften*, Wiesbaden.
- , (2001), "Algunas novedades sobre la lengua de los plomos ibéricos", *Religión, Lengua y Cultura Prerromanas de Hispania. Actas del VIII Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica (Salamanca, 11-15 de mayo de 1999)*, ed. por F. Villar y M^a P. Fernández Álvarez, pp. 613-628, Salamanca.
- ZAMORA, J.Á., (2004), "Los textos invisibles: la documentación fenicia y la introducción de la escritura en la Península Ibérica", J. Fernández Jurado el alii (eds.), *Actas del III Congreso Español de Antiguo Oriente Próximo (Huelva, 29 de septiembre – 2 de octubre de 2003)*, pp. 299-318, Diputación Provincial de Huelva, 2004 (= Huelva Arqueológica 19).
- , (2005), "La práctica de escribir entre los primeros fenicios peninsulares y la introducción de la escritura entre los pueblos paleohispánicos", *Acta Palaeohispanica IX. Actas del IX Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas (Barcelona 20 a 24 de octubre de 2004) (=Palaeohispanica 5)*, ed. por F. Beltrán, C. Jordán y J. Velaza, pp. 155-192, Zaragoza.